

en 2 de agosto de 1561 a los caballeros y a la ciudad de Reval, señalan el término de un período histórico de más de trescientos años. Quedaba, pues, rota la cohesión política con la madre patria, debiendo contentarse los vencidos con poder conservar, al ser sometidos a una soberanía extranjera, la cohesión moral con el modo de ser alemán en cuanto esto era posible en fuerza de solemnes promesas y de obligaciones recíprocas. En medio de los grandes antagonismos religiosos que destrozaban el Oriente europeo, una cosa por lo menos se había logrado, y era tener en la luterana Suecia la garantía del mantenimiento de la doctrina pura de la Confesión de Augsburgo. El antagonismo nacional dejábase sentir menos de lo que se sintió después: por las venas de los suecos circulaba sangre germánica, y cuando en los documentos de los archivos del Consejo de Reval, escritos en sueco, encontramos aquí y allí esparcidas unas pocas palabras bajoalemanas, nos parece que aquellos ciudadanos alemanes debían de hacerse la ilusión de que la lengua en que se les hablaba no era más que una rama derivada de su propio idioma, no habiéndose creído necesario adoptar disposición alguna referente al idioma en que debían redactarse las actas y los privilegios.

Cuáles eran los ulteriores planes que acariciaba Erico XIV nos lo revela la esperanza de conquistar a Riga que en agosto de 1561 abrigaba su gobernador; el monarca sueco firmó al poco tiempo un armisticio con Ivan que le permitió conservar su situación enfrente de las pretensiones de Dinamarca y de las fuerzas militares de Polonia.

No cabía la menor duda de que el resto de Livonia había de ser polaco en cuanto no lo poseyeran los rusos. Kettler se había dirigido nuevamente al emperador y al reino, y adquirido el convencimiento de que ningún auxilio podía esperarse de estos; de modo que después de haber caído Pernau en poder de los suecos, no quedó más remedio que acceder a las exigencias de Segismundo Augusto. El maestre esperaba que, como feudatario de Polonia, conseguiría ocupar sobre toda la Livonia una situación análoga a la que había logrado en Prusia Alberto de Brandeburgo; mas esto no se avenía con los planes del rey, el cual quería tener bajo su inmediata soberanía a toda la Livonia y especialmente a la ciudad de Riga, y por eso los auxilios polacos estaban calculados menos para resistir a los rusos que para ocupar aquellos puntos que habían de servir de apoyo a la futura dominación de Polonia. De aquí que se dejaran intencionalmente aumentar los apuros de aquel país para que aceptara todas las condiciones de las cuales el rey polaco estaba firmemente resuelto a no separarse un ápice.

También se pensaba en unir a la sojuzgada Livonia no con Polonia y Lituania, sino simplemente con esta última: de este modo la primera de las tres naciones había de ser la dote que decidiera la unión de las otras dos tal como se verificó en 1569. En las negociaciones que sobre este particular se entablaron entre Kettler y Segismundo Augusto, el maestre cedió en todo, firmándose en 28 de noviembre de 1561 el pacto en virtud del cual Livonia se sometía al rey de Polonia y al gran duque de Lituania, pero en el caso de que Polonia no aceptara la sumisión debería ser únicamente anexionada al gran ducado. El maestre recibió la Curlandia como feudo hereditario, ingresó en el estado laico y tomó el título de duque de Curlandia y de Semigalia. Los territorios situados al otro lado del Duna, Riga inclusive, pasaron a poder del rey, quien confirmó todos los derechos y libertades, aseguró al país la libertad absoluta de profesar la Confesión de Augsburgo, de acatar las supremas autoridades alemanas y de hablar el idioma alemán y prometió obtener del reino germánico la aprobación de este tratado. Tal fue el

Privilegium Segismundi Augusti, cuyas disposiciones constituyen los fundamentos de la situación de derecho dentro de la cual todos los territorios de la orden, desde entonces sometidos a la soberanía extranjera, pudieron por espacio de tres siglos mantenerse como una entidad especial.

El arzobispo entró en febrero de 1562 en los pactos de sumisión y lo mismo hicieron todas las ciudades, a excepción de Riga, que en 17 de marzo prestó un juramento clausulado, a lo que la obligó la ocupación de Dunamunde por Kettler, que le cerraba toda comunicación con el mar.

El día 5 de marzo se cambiaron los antiguos documentos de la orden por los diplomas de sumisión. El vaivoda de Wilna, el jefe de los protestantes lituanos a quien ya conocemos, encontrábase en Riga con cien jinetes, y en su presencia y delante del maestre, del arzobispo, de los señores de la orden que todavía allí quedaban y de todos los caballeros representó en el antiguo castillo de la orden el último acto de la tragedia de la orden teutónica. «Allí — dice un contemporáneo — lamentóse el gran maestre delante de toda la asamblea de que el enemigo hereditario había devastado aquellos países señalando por todas partes su paso con el saqueo, el asesinato y el incendio, y de que a pesar de haber suplicado y exigido con gran actividad auxilio y defensa del romano imperio, del maestre alemán y de todos aquellos en quienes esperaba hallar consuelo, no había obtenido hasta entonces ayuda de nadie. Añadió que cuando había recibido un castillo de la orden había encontrado el nido vacío y sin provisiones con que defenderlo, que si los territorios hubiesen estado unidos como lo estaban antiguamente, no habría sido necesario el cambio ocurrido, y que él personalmente haría aun cuanto pudiera. Pero que habiendo faltado aquella unión tenía necesariamente que llevar las cosas de manera que aquellos territorios no cayeran bajo el poder tiránico del enemigo hereditario, sino que pudieran subsistir dentro del nombre de cristianos al lado de la real majestad de Polonia, que, como potencia cristiana, les ampararía y defendería contra aquel enemigo. Terminó diciendo que, en su consecuencia, relevaba a los señores de la orden de su deber y obediencia previa deposición de la cruz y a la nobleza de su juramento. Hecho lo cual, juraron fidelidad al rey de Polonia.» Así acabó la orden teutónica en toda la Livonia, bajo el peso de graves culpas por su parte pero también de una crisis extrema a la que difícilmente hubieran podido resistir otros Estados más poderosos y con una población animada por un sentimiento nacional. La orden sucumbió de todos abandonada y debilitada por discordias intestinas en un tiempo en que el pundonor político había descendido a muy bajo nivel en la madre patria. Para la colonia alemana comenzó un nuevo período de desenvolvimiento; bajo la presión de la dominación extranjera aprendió a conservar los eternos bienes que había heredado del pasado, a saber: sus creencias protestantes, su modo de ser alemán y aquella perseverancia en la defensa de su carácter distintivo, que en nuestros días se ve sometido a una nueva y difícil prueba.

Segismundo Augusto no cumplió ninguna de las promesas que por sí y por sus sucesores había hecho tan solemnemente: el mismo nuevo duque de Curlandia solo hasta el año 1565 vio respetada la situación de administrador de Livonia que en virtud del convenio se le había concedido y garantizado. Livonia, a las órdenes del general extranjero Chotkiewitz, prosiguió sus luchas contra los enemigos del interior y del exterior, pero ya no por su propio interés sino por el de sus nuevos señores. Kettler estuvo al lado del duque Alberto de Brandeburgo, ayudándole con sus consejos y con sus actos: el duque, que acariciaba la esperanza de que en lo porvenir sería posible establecer la unión directa de Curlandia con

Prusia, hubo de fijar contra su voluntad su residencia en Mitau y no en Riga como era su deseo.

Finalmente Cristóbal de Mecklenburgo, que se había unido a Suecia, intentó, a la muerte del arzobispo Guillermo (4 de febrero de 1563), fortalecer su posición en la archidiócesis; pero en 4 de agosto del mismo año se vio obligado a capitular en el castillo de Dahlen ante el duque Gotardo, y habiendo sido conducido a Polonia, no recobró su libertad hasta 1564, es decir, cuando ya no podía abrigar la menor esperanza de establecerse nuevamente en Livonia. Su hermana Ana, que en 1566 se casó con Kettler, fue la fundadora de la casa ducal de Curlandia. Considerados estos hechos desde el punto de vista alemán, es imposible seguir sin tristeza el curso de los acontecimientos. Mientras en Occidente caían los tres obispados en poder del enemigo, desligábase del imperio el robusto miembro que éste tenía en Oriente, el cuerpo político que en los venturosos días de su constitución parecía destinado a asegurar para siempre en el mar Báltico el restablecimiento del nombre alemán. Los colonos del Báltico, genuinamente alemanes así en sus virtudes como en sus vicios, tenaces como lo han sido siempre los emigrantes de sangre bajo-sajona, se perdieron para el imperio porque éste se había perdido a sí mismo bajo el cetro de los Habsburgos españoles. Con tales jefes supremos ¿cómo hubiera podido encontrarse la fuerza moral y material necesarias para conservar una herencia cuyo valor solo se comprendía desde el punto de vista de la idea nacional alemana?

CAPITULO VI

IVAN EL TERRIBLE

Mientras la guerra por la posesión de Livonia seguía su desastroso curso, ocurrió en el carácter del czar Ivan el cambio que hacia tiempo se venía en él preparando y que le valió el sobrenombre de Terrible. Ya hemos visto que la muerte de la zarina Anastasia proporcionó el pretexto para la caída de Silvestre y de Adascheff. Aunque pocos hechos punibles pudieron serles atribuidos, un tribunal complaciente desterró al sacerdote a un convento situado en el extremo Norte, y Adascheff, que había sido enviado a Fellin como vaivoda, fue relegado a Dorpat, donde acabó sus días. El czar se rodeó de nuevos favoritos, entre los cuales ejercieron sobre él pernicioso influencia el boyardo Basmanoff, el príncipe Wjasemsky y el infame Malyuta Skuratoff Bjelski. Desde luego se manifestaron las nuevas tendencias por una serie de ejecuciones que revelaban el placer que encontraba Ivan en los martirios sangrientos; y como muy pronto nadie creyó seguros su vida ni sus bienes, algunos boyardos buscaron su salvación huyendo a Lituania. Ivan estaba cada vez más dominado por la idea de que vivía rodeado de traidores y de que los partidarios de Silvestre y de Adascheff trataban de reconquistar su antigua situación con auxilio extranjero. Además, las cuestiones livonias le afectaban profundamente, considerando la guerra livonia como asunto propio y viendo en ella la empresa directamente relacionada con su emancipación del influjo que Silvestre y Adascheff habían sobre él ejercido. Por esta razón le exasperaba doblemente cualquier resistencia que en esta cuestión se le opusiera. Las disensiones con Lituania, nacidas de la rivalidad que por causa de Livonia existía, se aumentaron cuando Segismundo Augusto se negó en formas algo bruscas a conceder a Ivan la mano de su hermana, que éste le había pedido. El czar había encargado a sus embajadores que de las dos princesas escogieran para él la más sana, hermosa y robusta, y recayó la elección en la princesa Catalina. Mas como en Polonia-Lituania

vivía aun el recuerdo de los peligros que el parentesco con el soberano ruso trafa consigo, Segismundo Augusto puso por condición para que se efectuara el matrimonio la cesión de Nowgorod, Pskoff, Sewersk y Smolensko. Tal exigencia hizo naturalmente que se rompieran las negociaciones por parte de Ivan, el cual se casó en 21 de agosto de 1561 con una scherkesa que hubo de ser previamente bautizada y cuyo carácter bárbaro aumentó las perversas inclinaciones del czar. Cuando poco después la Livonia reconoció la soberanía de Segismundo Augusto, Ivan contestó con una declaración de guerra y, según se decía, quería él en persona y con todo su ejército luchar contra Segismundo, llevando consigo un ataud donde se habría de encerrar la cabeza del rey polaco o la suya propia. El casamiento de Catalina con el duque Juan de Finlandia, hermano de Erico XIV, exacerbó su irritación y otro tanto hizo la noticia de que su ejército mandado por Kurbsky había sido derrotado por Kettler. Entonces resolvió ponerse al frente de sus tropas, y en 31 de enero de 1563 le encontramos delante de Polozk, plaza importante por sus antiguas relaciones mercantiles con Riga. Esta plaza en 15 de febrero tuvo que rendirse a las fuerzas superiores moscovitas después de haber visto incendiadas sus empalizadas y derruido un gran trozo de muralla. El vaivoda lituano que había dirigido su defensa y el obispo fueron hechos prisioneros y enviados a Moscú; la ciudad fue saqueada; los templos católicos fueron destruidos, los frailes asesinados y la población judía ahogada en el Duna. Los 500 mercenarios a quienes se había prometido libre salida no solo vieron cumplida esta promesa sino que, por uno de esos caprichos que caracterizaban al czar, fueron colmados de regalos, consistentes en preciosas pieles. Ivan, que creía haber obtenido un gran triunfo, adoptó las medidas necesarias para asegurar la posesión definitiva de la importante fortaleza. Tres vaivodas, los príncipes Pedro Ivanowitz Schuisky, Wassili y Pedro Semenowitz Seryabreny Obolensky, cuidaron de poner a la ciudad a cubierto de ulteriores ataques y alejaron de ella a todos los sospechosos. Ivan, que entonces quiso mostrar que también sabía guardar ciertos miramientos, toleró que un tribunal compuesto de nobles lituanos de su confianza administrara justicia según los principios del derecho lituano.

El czar celebró su triunfo en Moscú con gran esplendor; como después de la toma de Kasan, salió el clero a recibirle en procesión y como entonces también prosternóse Ivan a su presencia. Dirigiéronse mutuamente algunas frases de felicitación, dando el clero gracias a Ivan por haber librado a Polozk de los iconoclastas luteranos y por haber reunido a los demás cristianos dentro de las creencias ortodoxas. En aquella, como en todas las empresas de Moscú, luchábase en el fondo por «la verdadera fe.»

A Segismundo Augusto conmovióle profundamente la pérdida de Polozk, en cuyo suceso habíase demostrado una vez más de una manera lamentable la poca aptitud de las tropas polaco-lituanas; y tratando de ganar tiempo ante todo, procuró excitar contra Moscú al khan de Crimea, con cuyo auxilio había contado anteriormente. A consecuencia de negociaciones entre los magnates lituanos y los boyardos moscovitas se pactó un armisticio, que después fue confirmado por Ivan, señalando el día 6 de diciembre de 1563 como término de las hostilidades. Segismundo Augusto hizo decir al khan que su solo deseo era lograr un canje de prisioneros: el khan podía, pues, dirigirse contra Moscú durante el invierno, ya que en ningún caso se prolongaría el armisticio más allá de julio. Segismundo esperaba también poder atizar al sultan contra Moscú. Aun cuando en la corte del czar no se tenía conocimiento de estas cosas, los embajadores del rey fueron recibidos en ella con gran desconfianza. Ivan había sabido

que el príncipe Krapotkin había de recibir proposiciones para sublevarse y además fué interceptada una carta del rey dirigida á Erico XIV, por virtud de la cual Suecia debía entrar en la guerra general contra Moscou. No es, pues, de extrañar que Chotkewitz, embajador de Segismundo Augusto, encontrara mala acogida en la corte del czar.

En las negociaciones para la paz exigieron los boyardos moscovitas la cesion de Wolhinia, Podolia y Galitzia, exigencias absurdas y que no guardaban proporcion con las victorias conseguidas por las armas rusas. Por otra parte, aquellas tres provincias pertenecian á Polonia, no á Lituania, de modo que toda negociacion que sobre este particular se entablara con los emisarios lituanos carecia de base formal. El czar renunció al fin á tales pretensiones, pero no cedió en lo que tocaba á la conservacion de Polozk con todos los territorios anejos y los de la órden, de los cuales únicamente consentia en ceder la comarca que se extendia al Sur del Duna, es decir, la Curlandia. Solo mediante estas condiciones consentia en firmar un armisticio por 10 ó 15 años; y como naturalmente Chotkewitz no podia admitirlas, el czar, contraviniendo á todas las reglas de la etiqueta moscovita, hizo comparecer ante su presencia á los embajadores para saber si tenian alguna última instruccion secreta. Delante de ellos y en un largo discurso expuso que Kieff era antiguo patrimonio ruso y que Segismundo Augusto se negaba á reconocer su título completo; que su familia descendia del emperador Augusto, cuyo hermano Prus se habia establecido en el Vis tula, habiendo nacido de él en la décimacuarta generacion Rurico; y que precisamente por ser tan augusto su origen, no queria insistir en la exigencia de que Segismundo le reconociera el título de czar, pues á él le bastaba ser quien era. Que daba, pues, como único obstáculo Livonia y no habiendo podido llegarse á un acuerdo sobre este punto, Chotkewitz regresó á su patria sin haber logrado el objeto de su mision.

La guerra con Polonia ó con Lituania, como se seguia diciendo en virtud de la ficcion admitida, no podia tardar en estallar. Segismundo Augusto era presa de grandes temores. Todos los intereses de Polonia se hallaban postpuestos á la cuestion de la lucha para la revision de los derechos y á la preparacion de la union con Lituania. El rey se veía llevado y traído de un lado á otro por los partidos contendientes, la Szlachta y los obispos, y apenas hacia alguna concesion á uno de ellos, era inmediatamente acosado por las protestas del otro. Nadie estaba dispuesto á otorgar recursos para la guerra rusa. De los debates sostenidos en las dietas del reino que se celebraron en Piotrkow (1558-1559, 1562-1563 y 1565), en Varsovia (1563-1564), en Lublin (1566) y en otras ciudades, conservamos las interesantísimas memorias que los embajadores de Dantzig enviaron al burgomaestre y al consejo de la ciudad (1). Estas memorias son tan características para los acontecimientos de aquella época que creemos conveniente decir algo respecto de ellas. En una carta de Varsovia fechada en 14 de enero de 1564 se decia: «En cuanto á noticias, no podemos desgraciadamente ocultar que anteayer llegó aquí una carta diciendo que el moscovita al frente de 300,000 hombres se dirigia á Livonia y á Lituania acompañado de tres czares tártaros á quienes ha prometido la propiedad de todo lo que pudieran conquistar desde Kieff hasta Polonia. Su gente, acampada en Derbt y en Narva, avanza sobre la ciudad de Reval y el czar en persona se dirige á Wilna despues de haber hecho varias intimaciones á la ciudad de Riga. El maestre aleman, la majestad imperial romana y el Papa mismo han tenido cerca de él sus embajadas en Moscou excitándole á esta guerra para que la santa órden y

todas las doctrinas católicas fueran implantadas no solo en Livonia sino tambien en Prusia, como si él, el moscovita, fuese el órgano y el verdadero instrumento de la predicacion de la religion católica.... El maestre aleman se ofrece, además, á hacer cuanto pueda en contra de Prusia, no faltando quien ha visto y leído las cartas en que esto se consigna. Nuestro ejército, que se encuentra en Lituania, será por desgracia demasiado débil para hacer frente á tales fuerzas, haciéndose de todo punto necesario que toda la corona acuda al remedio sin pérdida de tiempo como el duque de Curlandia lo pide y lo aconseja.... ¡Dios quiera apiadarse bondadosamente de esta ceguera mas que faraónicamente obstinada, que hará que se cumpla la profecía de Juan Hylneri, según la cual Gog y Magog han de dominar y gobernar en Europa.» Pocos días despues los mismos embajadores notificaban que el ejército ruso dividido en tres cuerpos avanzaba sobre Livonia, sobre Lituania y sobre Kieff, y decian que en Varsovia nada de particular ocurría, siendo de esperar que la calamidad de la guerra impondría á todos la union.

El peligro desapareció esta vez mas afortunadamente de lo que nadie hubiera podido esperar. El ejército ruso, mandado por Pedro Schuisky y compuesto de 40,000 hombres, fué completamente derrotado en el Ula, cinco leguas auende Polozk, por el hetman Nicolás Radziwil, pereciendo en la batalla mas de 10,000 rusos, entre ellos dos príncipes Palezky; Schuisky murió ahogado en el rio, y otros tres vaivodas con 1,000 soldados fueron hechos prisioneros. Esto sucedia el día 26 de enero y en 7 de febrero el ejército ruso sufrió una segunda derrota en Orscha, viéndose obligado á huir á la desbandada hácia Smolensko. Las tropas rusas no pudieron sostenerse en parte alguna del territorio que habian invadido y gracias á que Radziwil no se vió bastante protegido por Polonia y á que Ivan consiguió atraerse á los tártaros, aquellas victorias no produjeron modificacion alguna esencial en las recíprocas relaciones. En cambio, todos estos acontecimientos influyeron en Livonia. El vaivoda de Dorpat, Andrés Micalowitz Kurbsky (2), que hasta entonces se habia portado valerosamente en la lucha contra Polonia, huyó á Wolmar, amenazado de caer en desgracia de Ivan, y desde allí á Polonia: los rusos por entonces no se atrevieron á tentar ninguna empresa, antes por el contrario el czar firmó en setiembre de 1564 la paz con Erico XIV, á quien reconoció los territorios ocupados por los suecos, Reval y Pernau inclusive. En los siguientes meses lucharon por Livonia especialmente Suecia y Polonia, Erico con el propósito de apoderarse de Riga y los polacos con la esperanza de arrojar por completo al monarca sueco del territorio livonio. El czar renunció á su intento de ponerse personalmente al frente de su ejército y se limitó á mantenerse á la defensiva, imbuído como estaba en primer término en la idea de vengarse de los que le eran traidores y de cuidar de su propia seguridad. La idea de que los boyardos le hacian traicion y querian atentar contra su soberanía y contra su existencia estaba tan arraigada en su ánimo, que ante ella todo lo demás resultaba secundario. Desde Wolmar habia Kurbsky enviado una carta al czar, por conducto de uno de sus criados llamado Schibanoff, el cual tuvo bastante valor para entregársela personalmente á Ivan, diciéndole: «De mi señor, tu traidor, el príncipe Kurbsky.» El czar llamó á su lado á Schibanoff, clavó el pié con su báculo de férrea punta y apoyándose con toda su ira en él, se hizo leer la misiva, que contenia censuras amargas como á ningun soberano habian sido nunca dirigidas y mucho menos al autócrata moscovita acostumbrado á la mas absoluta y ciega obediencia. En ella

se le echaban en cara la ejecucion de los boyardos y wojewodes, los malos tratamientos de que eran víctimas sus inocentes súbditos, la decadencia del reino y su vida licenciosa y desenfadada, todo ello dicho con el énfasis de aquel lenguaje bíblico que caracteriza á los mas ilustrados moscovitas de aquellos tiempos. «¿Por qué, oh czar, has golpeado á los fuertes en Israel? ¿Por qué has asesinado buscando siempre nuevas formas de muertes á los wojewodes que Dios te dió? ¿Por qué has derramado su santa sangre vencedora en los templos de Dios y en las solemnes procesiones de los obispos, hasta el punto de que la sangre de estos mártires manchara los umbrales de las iglesias? Para ellos, que te eran adictos y que te daban sus almas, has inventado inauditos martirios y persecuciones y muertes... ¿En qué delinquieron contra tí? ¿cómo te encolerizaron los testigos de Dios?...» Luego hablaba Kurbsky de las persecuciones de que él mismo habia sido objeto, y le decia que no le habia quedado mas recurso que huir al extranjero, sumido en la miseria, y que con todos los perseguidos, asesinados y encarcelados, pedia venganza á Dios día y noche. Toda la carta respira odio salvaje contra los malos consejeros que envenenan el oído del czar, á quienes Kurbsky aplica las siguientes palabras de la Escritura: «Ammon y Moab y los hijos de los placeres no entrarán en la Iglesia del Señor ni aun despues de la décima generacion, sino que no entrarán nunca en ella (1).»

Ivan hizo poner en el tormento al portador de la carta, pero los suplicios mas crueles no lograron arrancar de Schibanoff una sola palabra contra su amo ni una delacion contra los cómplices del mismo, en vista de lo cual el czar se resolvió á escribir aquella famosa carta de contestacion á la que tan á menudo hemos acudido como preciosa fuente para juzgar la educacion y las tendencias morales del soberano.

Esta contestacion, que es un verdadero libro y que sin duda fué dictada toda ella por el czar, constituye la manifestacion de un estado de ánimo próximo á la locura á causa del odio y del miedo; su estilo es extraordinariamente oscuro y apasionado, pero abunda al propio tiempo en pensamientos lógicos: revélanse en ella gran erudicion teológica expresada con énfasis religioso y un cínico desprecio de la humanidad; respira descarada franqueza, está plagada de mentiras y de falsas interpretaciones y es solo verdadera desde el punto de vista subjetivo, por cuanto expresa lo que existia en el alma de Ivan. Revelábase ante todo en ella la profunda indignacion del czar contra las familias ilustres, contra todos aquellos que le habian dominado y á cuya influencia se habia visto sometido, contra los amigos y secuaces de Silvestre y de Adascheff, traidores todos de quienes haria tabla rasa.

En lo sucesivo queria verse libre de sus reconvenções y de la acusacion que su sola presencia significaba, y á este fin resolvió llevar á cabo una determinacion sin ejemplo en los pasados ni en los futuros tiempos.

El día 3 de diciembre salió Ivan de Moscou acompañado de la czarina, de sus hijos y de muchos boyardos y nobles con sus familias y rodeado de un ejército compuesto de soldados de todas las comarcas de Rusia, llevándose consigo el tesoro del Estado y las mas preciosas reliquias del Kremlin. De esta suerte anduvo de convento en convento entregándose á la oracion y mostrando una devocion externa muy en armonía con el modo de ser de la época, hasta que por último se detuvo en la *sloboda* Alexandrowa (2), en el ac-

(1) 5 (Deuteronomio), Moisés, 23, v. 3. Sin duda citaba este texto de memoria.

(2) Sloboda en lengua eslava significa colonia de labradores libres. (N. del T.)

tual gobierno de Wladimir. Con gran ansiedad y no menor temor se esperaba en Moscou alguna noticia del czar: por fin, transcurrido un mes, llegó una carta de Ivan dirigida al metropolitano Atanasio. Decia en ella el soberano que ya no podia aguantar los desórdenes y las ilegalidades de los boyardos, al lado de los cuales se ponía siempre y en todas partes el clero, impidiéndole de este modo castigar á los traidores como se merecian, y que colmada la medida habia decidido abandonar el imperio y encaminarse hácia donde Dios fuera servido llevarle.

Una segunda carta dirigida á la cristiandad ortodoxa de la ciudad de Moscou, declaraba á los mercaderes y á los simples ciudadanos que no estaba indignado contra ellos.

La impresion que ambas cartas produjeron fué verdadera y profunda. El pueblo, al verse abandonado por el czar, temió ser víctima del despotismo de los boyardos y recorrió las calles de la ciudad prorrumpiendo en lamentos y amenazas y dispuesto evidentemente á lanzarse contra los enemigos de Ivan y acabar con ellos.

El miedo, sin embargo, prevaleció y el pueblo en masa acudió al metropolitano implorando de él que apaciguara al czar. Envióse á Alexandrowa una embajada presidida por el obispo de Nowgorod, Pimen, á quien se unieron representantes de todas las clases formando un abigarrado conjunto. Los embajadores llegaron el día 5 de enero de 1565 á la residencia del czar, el cual, ante sus humildes instancias, consintió en volver á Moscou, con la condicion de que en adelante nadie le opondria la menor objecion cuando considerara necesario castigar á los traidores. El día 2 de febrero hizo Ivan su entrada en aquella capital: su solo aspecto ya inspiraba miedo, pareciendo que durante los dos últimos meses se habia operado en él un cambio terrible. Su semblante parecia contraído por la ira, su mirada estaba como apagada y su cabeza mostraba una calvicie casi completa. Ante una numerosa asamblea declaró que para la seguridad del Estado y para la suya propia necesitaba una guardia de corps especial; luego separó del cuerpo del imperio una multitud de ciudades y algunas calles de Moscou, declarando que todos estos territorios pasaban á ser de su propiedad particular y dándoles el nombre de Opritschnina, es decir, separados, y confió el resto de Rusia, bajo el nombre de Semschtschina, ó sea Estados provinciales, al gobierno de los boyardos. Moscou quedaba en el centro del territorio de la Opritschnina; todos los países del Norte con las nuevas vias mercantiles abiertas por los ingleses pasaban á poder del czar, indudablemente para servir de línea de retirada en caso de una necesidad extrema; Nowgorod veíase amenazada y en las fronteras lituanas tomaba el czar una posicion segura. La eleccion de lugares se habia hecho con gran premeditacion y dió que pensar aun á los que se encontraban fuera de la Opritschnina, los cuales pronto vieron por experiencia que á los ojos del czar todos eran enemigos y traidores. En efecto, dos días despues de haber adoptado estas disposiciones fundamentales, Ivan empezó á castigar á los supuestos traidores, mandando decapitar á dos príncipes Schuisky, padre é hijo, á quienes siguieron otras víctimas, entre ellas un príncipe Schewyreff, que fué empalado. Otros fueron desterrados ó vieron confiscados sus bienes ó fueron obligados á firmar documentos confesando que se habian conjurado con Lituania, ó con Crimea, ó con cualesquiera otros enemigos del czar, en contra de éste.

Así quedaba su vida á la merced del Terrible, el cual podia proceder á su capricho con la apariencia de legalidad contra aquellos infelices, que temblaban continuamente de miedo. Entretanto, adoptábanse las disposiciones necesarias para organizar la guardia de corps cuya creacion habia exigido

(1) Archivo Municipal de Dantzig: *Acta Internuntiorum*.

(2) La fuga fué en los primeros meses de 1564 y no de 1563.